

creta que se constituyese en directora de la política. Entre los eclesiásticos que se decía formaban parte del *Directorio conservador*, se mencionaba al presbítero Don Francisco Javier Miranda, á quien vimos salir desterrado del país por orden del presidente D. Juan Alvarez.

He dicho en páginas anteriores que, aunque el clero no se mezclaba en asonadas ni revueltas, no por esto dejaba de haber algunos sacerdotes inquietos, cuyo carácter era mas á propósito para las intrigas políticas que para el retiro del claustro. Pues bien, entre esos eclesiásticos inquietos, que no podían ver con indiferencia los decretos que el gobierno daba respecto de lo que concernía á la Iglesia, se encontraba el sacerdote Don Francisco Javier Miranda. Poco despues de haber sido desterrado del país, volvió á penetrar, disfrazado, en la república, á principios de 1856. Activo, sagaz, de valor y de talento, el padre Miranda llegó á la capital de Méjico y se presentó á varias personas, invitándoles á que formasen una junta que pusiese en acción todos los medios para derrotar al gobierno. Este sabía que aquel infatigable contrario se encontraba en la capital; pero mudando de domicilio á cada instante, y ocultándose perfectamente bajo disfraces diferentes, logró burlar constantemente la vigilancia de la policia. Aunque el punto en que residia era la capital, no por esto dejaba de presentarse de vez en cuando en Puebla, Guanajuato, Querétaro, San Luis y otras capitales de los Estados para mover los resortes de la revolución.

1856. Sensible era ciertamente que un eclesiástico, y eclesiástico por otra parte muy recomendable,

se mezclase en la política, promoviendo revoluciones. No les está vedado á los sacerdotes desear un cambio de gobierno; que unos hombres sean sustituidos por aquellos que juzguen mas convenientes para la buena marcha de la nacion; no les está vedado expresar sus sentimientos entre sus amigos; pero sí les está el mezclarse en las revoluciones políticas. El padre Miranda no estaba en el terreno que le correspondia como ministro del Señor al tomar parte activa en las intrigas políticas. El clero lo comprendia así, y tenia gran pesar de ello. Sin embargo, éste no podia ser de ninguna manera responsable de los actos particulares de aquel, como no puede ser responsable la prensa de los actos particulares de un periodista. Pero aunque el padre Miranda no hubiese existido, la revolución hubiera asomado la cabeza por varios ámbitos de la república. Muchos eran los descontentos, y muchos tambien los que conspiraban para operar un cambio político. El grito de ¡viva la religion! dado por Mejía, Gutierrez, Castrejon y otros, halló favorable eco en los habitantes, particularmente del campo, que juzgaban al gobierno como perseguidor del catolicismo. En Puebla, se descubrió una conspiracion que debió estallar el 23 de Setiembre.

La artillería, dos oficiales del 4.º batallon, los sargentos de este cuerpo, algunos soldados y 400 hombres del pueblo, á quienes se habia distribuido armas, estaban prontos á verificar el movimiento que debia estallar al dispararse un tiro en la torre de la catedral la mañana del 23.

El pronunciamiento debia ser apoyado por una gran parte de la guarnicion, y todo estaba perfectamente com-

binado para que se llevara á cabo el movimiento á la hora dada.

Parece que uno de los sargentos del 4.º batallon dió parte á su coronel de lo que ocurría, y conocidos los planes de los pronunciados, pudieron ser entorpecidos.

El 25 del mismo mes se presentaron en Chalchicomula algunos hombres armados, al frente de los cuales se hallaba D. Juan Calderon. Pocos instantes despues entraron en la poblacion, se hicieron dueños, sin obstáculo, del cuartel y de la torre, y se pronunciaron contra el gobierno al grito de ¡Viva la religion y muera Comonfort! Tambien tomó las armas otra fuerza capitaneada por el teniente coronel Patron, recorriendo el departamento de Izúcar, en el Estado de Puebla, y no faltaron en diversos puntos varios jefes que procuraban la caida de los hombres que dirigian la nave del Estado.

El coronel D. Diego Castrejon que, como he dicho, publicó en Iguala, el 11 de Setiembre, su plan contra Comonfort, trató de dar un golpe al general D. Benito Haro que se dirigia al pueblo de Huitzuco. Para conseguirlo, Castrejon colocó su gente en el Portezuelo de Tlascalco, punto ventajoso, y la accion se trabó tan pronto como el general Haro se presentó. Despues de un reñido combate, las tropas de Castrejon fueron derrotadas, y éste fué hecho prisionero despues de haber caido gravemente herido. Pocos dias despues murió á consecuencia de las heridas recibidas en el combate. En

1856. compensacion de esta derrota, D. Tomás Mejía, con una fuerza de quinientos hombres que habia reunido en la Sierra, atacó el dia 13 de Octubre la plaza de Querétaro. Defendióla al frente de

su corta guarnicion, el general D. Blas Magaña, que era comandante general del Estado; pero su poca tropa fué derrotada, él muerto en el combate, y ocupada la ciudad por los disidentes. Dueño Mejía de Querétaro, donde se hizo de grandes recursos, destacó parte de su gente sobre San Juan del Rio, que fué ocupado sin resistencia. Un dia despues, el 15 del mismo Octubre, el general D. José Ignacio Gutierrez, á cuyas órdenes militaba el coronel de caballería D. José María Cobos, á quien vimos combatir contra la invasion norte-americana, se apoderó, por sorpresa, de la ciudad de Tulancingo. El general D. José Ignacio Gutierrez habia combatido por la causa de Ayutla; pero no estando de acuerdo con las providencias dictadas por el gobierno respecto de la Iglesia, se pronunció abrazando la causa conservadora. Era, al entrar en Tulancingo, el general en jefe de las fuerzas que se apoderaron de la plaza y que operaban por aquel rumbo. Llevaba, como he dicho, á sus órdenes al coronel de caballería D. José María Cobos que desde 1852 que entró en la política, siempre habia pertenecido al partido conservador, y al valiente coronel D. Luis Osollo, que habia logrado penetrar en el país, y del cual era ayudante D. Lorenzo Bosch que, como él, jamás habia cambiado de bandera. Osollo, el pundonoroso militar que prefirió vivir en la pobreza en los Estados-Unidos á recibir un obsequio de mil duros que le envió generosamente Comonfort, para poder combatir libremente por sus ideas, habia desembarcado en Santa-Anna de Tamaulipas, disfrazado de marinero inglés. Su figura europea, su bigote y pelo rubios, y lo bien que poseia el idioma, facilitaron la ficcion admirablemente.

Al tomar á Tulancingo, redujeron á prision á Don Rafael Sancha que desempeñaba el cargo de comandante militar de Tulancingo al caer la plaza en poder de los disidentes. El general en jefe D. José Ignacio Gutierrez, al hacerse dueño de la poblacion, impuso, para hacerse de recursos, un préstamo forzoso á los vecinos mas acomodados, y exigió de D. Rafael Sancha, á quien se consideró como prisionero, mil duros por su libertad. Todos los cotizados entregaron la suma que se les habia asignado, como entregó D. Rafael Sancha los mil duros, con lo cual salió de la prision.

La posesion de la ciudad de Tulancingo fué para las fuerzas conservadoras de gran importancia, como lo fué de notables recursos, pocos dias antes, la toma de Pachuca, poblaciones en que el general D. José Ignacio Gutierrez vió aumentar considerablemente su fuerza, con la gente que le siguió de aquellos pueblos, y no de pocos de los llanos de Apan.

La prensa liberal, que anhelaba que el gobierno continuase en la marcha que habia emprendido con respecto á los bienes de la Iglesia, se afanaba por persuadir que todos los movimientos revolucionarios eran dirigidos por el clero. En un periódico se decia que «los padres del convento de la Cruz, al entrar Mejía en Querétaro, salieron con cruz y ciriales y entonando himnos á recibir á los facciosos, quienes se asegura fueron llamados por las monjitas de Santa Clara.» Aunque esta noticia fué desmentida, jamás el periódico que la dió llegó á rectificarla. Por el contrario, procurando sacar el efecto posible de ella se detuvo á darla colorido y fuerza, escribiendo al siguiente dia, 19 de Octubre, estas palabras:

1856. «¡Iban cantando himnos y pisando la sangre de los ciudadanos que corria por las calles!

«¡Iban cantando himnos, y sabian que la poblacion quedaba á merced de unos facciosos que pedian en nombre de la religion dos horas de saqueo!

«¿Qué idea tienen de su ministerio esos sacerdotes que así agitan la tea de la discordia?

«¿No piensan que esa sangre que ha manchado sus piés irá á pedir venganza al cielo?.....

«¿No oyen la voz del ángel de la justicia, que, respondiendo á sus himnos, les grita:—Cain, qué has hecho de tu hermano?»

¡Así las pasiones de partido arrojan injustas acusaciones sobre sus contrarios, sin considerar que se debe guardar con ellos, la imparcialidad que para sí mismos anhelan!

«¿Quién tiene la culpa» añadía cuatro dias despues el mismo periódico, «de los atentados que se han cometido en Querétaro?

«¿Quién llamó á los serranos que al mando de Mejía vinieron á estampar su huella de lodo y sangre en esa ciudad?

«Nosotros creemos que es necesario tomar una medida enérgica con el clero de Querétaro, aplicando un castigo severo á aquellas corporaciones cuya culpabilidad se averigüe.»

Las últimas palabras transcritas, demuestran la duda de que, con efecto, fuese cierto que el clero hubiera llamado á los sublevados. *El Omnibus*, diario de oposicion, decia con este motivo: «No está cierto el mis-

mo periódico de las culpas que imputa al clero de Querétaro, supuesto que pide se averigüen; y sin embargo, asegura que llamó á los pronunciados de la Sierra.»

Otro periódico liberal que se publicaba en Puebla, dando importancia política á la casualidad de haber circulado algunas monedas mas ó menos resplandecientes decia: «Hemos observado que la moneda que ha circulado en estos dias en el mercado, tiene un color parecido al que toma cuando ha sido enterrada. ¿Qué explica este enigma? No es muy difícil alcanzarlo. Téngase en cuenta las conspiraciones continuadas que han fraguado los que siendo hombres de paz, han cambiado la cruz por el puñal. ¡Cuánto horror! ¡Cómo nos duele tener que consignar para la historia estos hechos! Ellos imprimen á la presente época un carácter terrible é imperecedero.»

No; la historia no puede acoger como un cargo contra ninguna clase de la sociedad el que en el mercado circulen algunas cuantas monedas que parezcan haber permanecido por algun tiempo enterradas. El historiador que no debe estar dominado de pasion política ninguna, sabe muy bien que la preocupacion reviste á las cosas mas sencillas de formas alarmantes; y sabe tambien que habiéndose verificado en los años de la guerra de la independencía, muchas ocultaciones de dinero, enterrándolo por ricos particulares, durante aquella lucha, y aun en las que se han sucedido, nada de extraño tiene que esos mismos particulares lo saquen á la circulacion cuando tengan necesidad de servirse de él. No hace siete años aun que, estando en Méjico en una platería de la calle de la Merced, vi á una infeliz india, llevar en un cos-

talito monedas antiquísimas desde los primeros tiempos de la conquista para venderlas por plata vieja. Era una cantidad regular que la fortuna le deparó escavando una parte de su huerta. El platero le compró la plata á razon del peso que tenia, y ganó bastante en aquel cambio, pues la moneda vieja tenia una gran parte de ley de oro.

Los cargos continuos al clero por una parte de la prensa, y la defensa hácia él por otra, hacian que las cuestiones religiosas tomasen un carácter serio y terrible. Entre tanto, las sublevaciones se sucedian unas á otras, y los pueblos empezaban á sufrir los horribles males de la guerra civil. Las diversas guerrillas que por diversos puntos se habian presentado, tenian absorbida la atencion del gobierno que enviaba fuerzas para todas partes. En los momentos mas críticos para él, estalló, en la madrugada del 20 de Octubre, un serio pronunciamiento en la ciudad de Puebla. Al frente de él se puso el coronel D. Joaquin Orihuela, uno de los jefes capitulados en aquella ciudad cuando la puso sitio Comonfort. Parte de los cuerpos de infantería que guarnecian la plaza, se sublevaron contra el gobierno, apoderándose de todas las municiones de guerra y de la artillería. Los sublevados redujeron á prision al comandante general D. José M. García Conde y á todos los jefes y oficiales adictos al gobierno. Esta noticia alarmó al gobierno; y la prensa liberal manifestó que era preciso que se adoptasen medidas de rigor contra los revolucionarios. El periódico *La Opinion* decia: «La faccion retrógada quiere sangre; ni siquiera se toma ella misma el trabajo de negarlo, sino que altamente dice que el principal artículo de su

programa es matar á sus enemigos. Pues bien; no es un escándalo desear que se haga justicia con ella, si de esto ha de resultar la paz de la república.» «La clemencia,» decia *El Monitor*, «no está buena en épocas de transición y de regeneración. Hoy se juega el todo por el todo. Solo la energía puede salvar á la república;» y el *Trait d' Union* aseguraba que «para establecer la paz, para evitar la efusión de sangre, para evitar á la república los horrores de una guerra civil, era preciso aplicar la justicia con rigor y hacer el sacrificio de algunos culpables ambiciosos.»

Las pasiones políticas, como se ve, estaban exaltadas, y de temerse era que la nueva lucha presentase un aspecto sangriento. No obstante haber sido completamente militar la sublevación, no por ello se salvó el clero de ser acusado de cómplice en él. «Varios frailes y sacerdotes,» decia un periódico de la capital, el 23 de Octubre, «recorrian los barrios de la ciudad, excitando al pueblo al pillaje y á la matanza... ¡Y para ejercer este acto llevaban Cristos en la mano! ¡Para mantener el entusiasmo de sus satélites repartían barriles de aguardiente!!! ¿Y así se llaman defensores de la religión? ¿Creen de ese modo cumplir su ministerio? ¿Qué idea se formará de Dios el que vea obrar de ese modo á sus ministros?»

1856. No era este, por desgracia, el lenguaje mas á propósito para evitar una lucha religiosa, ni calmar las pasiones. Los hechos vinieron á probar que ningun sacerdote recorrió las calles excitando al pueblo á la rebelión. Las diversas conjeturas en que estaba dividida la prensa liberal con respecto á los promovedores del movimiento efectuado en Puebla, revelan que ca-

recian de fundamento los cargos que se han querido hacer pasar como ciertos. Unos periódicos suponían que todo habia sido dispuesto, *segun parecia*, por el *Directorio conservador central de la república*; otros indicaban que el pronunciamiento *debía creerse* que era obra de la *Junta eclesiástica revolucionaria*, y no pocos que se publicaban en la capital, dijeron con la misma vaguedad el 22 de Octubre, y de los cuales copió el 23 *El Monitor Republicano* estas palabras: «Parece que toda la maniobra ha sido dirigida por el famoso padre Miranda, que hace tiempo anda oculto en esta ciudad, y haciendo viajes á otros pueblos.»

Como se ve, todas las acusaciones carecían de base. Respecto del Directorio y de la Junta eclesiástica revolucionaria, he dicho ya que no existían. Yo creo, como dejo indicado en páginas anteriores, que las personas desafectas al gobierno tendrían sus reuniones y manifestarían su opinión sobre lo que se debería hacer para efectuar un cambio. Creo aun mas; que entre esas personas habria algunas que estuviesen en relación con algunos jefes sublevados, pero por los informes seguros que he tomado y por la falta de concierto que entre los diversos caudillos pronunciados se advertía para obrar, se viene en conocimiento de que no existía directorio ninguno, y que si existía alguna junta formal, de que no he tenido noticia, no pertenecían á ella personas de la influencia que se ha querido suponer.

Lo que hay de cierto es que el caudillo principal del movimiento en Puebla, fué, como he dicho, el coronel D. Joaquin Orihuela, y su segundo D. Miguel Miramon, militar de igual graduación que también se

halló á las órdenes de Haro y Tamariz cuando la plaza fué tomada por Comonfort, y que habia permanecido desde aquel instante oculto en la ciudad. D. Miguel Miramon era uno de esos jóvenes militares de extraordinario arrojo que, á la vez que se hacen temibles por su valor, se conquistan por su lealtad las simpatías de sus mismos enemigos.

El dia anterior á la sublevacion habia tomado el mando político y militar de Puebla el general D. José M. García Conde. El gobierno le habia confiado aquel puesto para calmar el disgusto que la poblacion manifestaba al general Traconis, de cuya excesiva rigidez se quejaban los habitantes, presentándole como causa del descontento que reinaba en la poblacion contra la administracion de Comonfort. El general D. José M. García Conde por su fina educacion, sus nobles sentimientos y su carácter conciliador, era el mas á propósito para hacerse amar de los pueblos, y no dudó el gobierno de que con su presencia, se lograrían calmar las pasiones. Pero no hubo tiempo para que la ciudad pudiese apreciar aquel nombramiento, puesto que no estuvo en el mando mas que unas cuantas horas.

Un cañonazo disparado á las cuatro de la mañana del 20 de Octubre que era la señal de inteligencia de los pronunciados, despertó al general García Conde. Vistióse inmediatamente, tomó la espada y salió de su habitacion para informarse de lo que pasaba; pero al bajar la escalera de palacio, fué detenido y preso por los jefes del pronunciamiento. Dignos son de conocerse los pormenores de esa sublevacion, y no quiero privar al lector del gusto de que los sepa por la misma comunicacion sencilla y llena de verdad que dió del he-

cho el coronel Barreiro, que mandaba el segundo batallon de línea que se portó en aquellos momentos críticos como militar pundonoroso; coronel que prestó despues importantes servicios al gobierno. La comunicacion decia así:

1856. «El capitan de este cuerpo D. Leonides de Campos que de antemano estaba de acuerdo con los conspiradores, ocurrió al principal, situado en el palacio, á la una de la noche, con D. Miguel Miramon y D. Francisco Velez, presentándose al oficial que lo mandaba, subteniente D. Donaciano Martinez, manifestándole que de órden del señor comandante general debia recibir presos á aquellos individuos. El oficial creyó la estratagema, y condujo al expresado Miramon á las piezas de los altos del mencionado palacio, en donde Miramon, sorprendiéndolo con una pistola al pecho, le hizo entregar el santo. Entre tanto, Campos, que habia quedado abajo, puso sobre las armas la tropa de la guardia que era de su compañía, y se hace de ella haciéndola creer que obraban por órden de la autoridad legítima. Realizado este primer paso, á una señal dada concurren á aquel paraje todos los conjurados, oficiales reaccionarios en su mayor parte, en número considerable, y que se hallaban ocultos á las inmediaciones de la guardia, y entonces la tropa obra maquinalmente en sentido de la revolucion, obligada por la presion moral mas bien que física de aquella sorpresa, ejecutada con el engaño y falsía que queda detallado. En aquellos momentos los jefes de dia que lo eran el señor coronel D. Pascual Miranda y D. N. Yarza, no estaban en aquel puesto; siendo de advertir que estaba prevenido que precisamente uno estuviese allí. Despues